VII.

JURAMENTO. - CUMPLIMIENTO.

Pasára más de un año despues del casamiento del rey. Este casamiento, que explicaba el repudio de la infanta de Castilla, no bastára en verdad para encender la guerra entre D. Enrique y D. Fernando, estando ya en parte previsto en los capítulos adicionales del tratado de Alcoutim. Mas como si el disgusto que semejante ofensa debia producir en el ánimo del rey castellano, no fuese lo bastante para servir de gérmen á las futuras guerras, D. Fernando suscitára nuevos motivos de sérias desavenencias que no particularizarémos aquí, por no ser ese nuestro intento. Baste saber que, despues de inútiles mensajes y quejas, D. Enrique de Castilla, entrando súbitamente en Portugal y tomando muchos lugares fortificados, atravesó rápidamente la Beira, pasó junto á los muros de Coimbra, donde se hallaba doña Leonor Tellez, y yendo á presentar batalla al rey

D. Fernando que estaba en Santarem y que no aceptó el combate, se encaminó hácia Lisboa, cuyos habitantes, desapercibidos, apénas tuvieron tiempo de acogerse á los antiguos muros de tiempo de D. Alfonso III, desde cuyas torres y adarves vieron á los castellanos, que saquearon y quemaron el barrio más poblado y rico de la ciudad, sin que pudieran impedirlo. En medio de este riguroso cerco, desamparados del rey que apénas les enviára algunos de sus caballeros, los moradores de Lisboa no habian decaido. Con vária fortuna habian resistido á los asaltos de los castellanos, y lo que era peor de sufrir, al hambre, la sed y hasta el temor de traiciones de sus parciales. Finalmente, D. Fernando hiciera una paz vergonzosa despues de haber suscitado una injusta guerra, y Lisboa vió alejarse de sus muros el ejército del rey de Castilla que la tuvo sitiada durante casi dos meses.

Era á fines de Mayo de 1373, á la caida de la tarde de un hermoso dia de primavera. El aire era templado, el ciclo estaba límpido. Por los campos y los valles veíase reverdecer el musgo; la madreselva y las rosas silvestres entretejidas en los vallados, embalsamaban la atmósfera. Pero estas eran las unicas señales que en los alrededores de Lis-

boa revelaban aquella estacion suave en medio de su clima suavisimo. Todo lo demas contrastaba tristemente con ellas. Los extensos y vastos olivares que en aquellos tiempos la rodeaban, yacian cortados en tierra, como si por alli hubiese pasado hoz gigante movida por brazo de hierro.

Por los oteros coronados poco hacia de viñas frondosas, veíanse esparcidas las vides cubiertas de hojas secas ántes de tiempo ó ennegrecidas por el fuego, semejante al monton de hojas marchitas esparcidas al fin del otoño. Las extensas huertas que se dilataban hácia Valverde, holladas por los piés de los caballos, estaban incultas y abandonadas. Mas sobre el melancólico y triste suelo de este cuadro, más melancólica, y triste destacaba la figura principal, la ciudad.

El populoso barrio llamado el arrabal, donde ántes era incesante el ruido de pasar y traginar, hallábase convertido en monton de ruinas. Hácia los lados de sur y poniente no se veian desde los antiguos muros (cuyo perímetro encerraba poco más del castillo y barrio á que hoy damos el nombre de Alfama) sino edificios quemados, calles obstruidas, plazas deshechas, vestigios de sangre, piezas de armaduras abolladas ó rotas, astillas y hierros partidos de dardos, de lanzas y de espadas, y aquí y allá cadáveres fétidos no sólo de caballos, sino de hombres tambien, cuyas carnes, medio devoradas por los perros y el tiempo, dejaban blanquear las osamentas. Sobre los escombros se destacaban como fantasmas los esclavos moros removiendo las piedras amontonadas, en busca de alguna alhaja que hubiese escapado de las llamas ó del enemigo; y junto á las paredes negras de la sinagoga, los mercaderes judíos mirando hácia su barrio asolado, mesábanse las barbas en torno de los rabís, que recitaban en tono lacrimoso, los versículos hebráicos del Threnos.

En medio de este cuadro inmenso de asolacion, una numerosa compañía de caballeros y damas, de señoras y escuderos, de doncellas y pajes, brillante cabalgata que bajaba del lado de San Antonio hácia Santo Domingo se dirigia por la Corredera á la puerta de hierro. La hermosura y lujo de las mujeres, las figuras atléticas y los rostros varoniles de los caballeros, el bruñido de las armas, la lucidez de los trajes, la riqueza de los arreos, todo, en fin, demostraba claramente que en aquella cabalgata venía la más noble gente de Portugal, Las sonrisas de las damas, los dichos galantes y agudos de los nobles, el relinchar alegre de los cor-

celes biosos, y de los delicados palafrenes, las travesuras de los donceles que, ora corriendo á rienda suelta, ora refrenando los caballos, al pasar junto á las pacificas mulas de los cortesanos letrados los hacia vacilar y caer sobre los arzones, el batir de las alas de los neblies y gerifaltes posados sobre los punos de los halconeros, el ladrar de los galgos y alanos que atraillados forcejeaban por lanzarse sobre aquellos centenares de casas destruidas, de donde salia de vez en cuando una exhalacion de carnicería; aquel reir, aquel alegrarse, aquel ruido de regocijo, aquel rutilar de reflejos metálicos, de colores abigarrados, pasando como tempestad, á traves de aquel silencio sepulcral, parecia rasgar el velo de tristeza, que cubria la vasta area de la ciudad destruida y volverla á llamar á nueva existencia.

Mas el pueblo, á pesar de todo, permanecia triste.

La cabalgata llegó á la plaza de la catedral. Una máquina de lanzar piedras estaba colocada en medio de ella y los gruesos maderos de que estaba construida, áun se veian manchados por restos de sangre. Una dama que venía al frente de la comitiva se detuvo: un caballero jóven y gallardo que caminaba á su lado se detuvo tambien. La dama

señaló á la máquina, dijo algunas palabras al caballero, y despues rompió á reir.

Eran la muy noble y virtuosa señora reina doña Leonor y el muy escelente y esclarecido rey D. Fernando de Portugal.

Doña Leonor tenía razon para reir.

Durante el cerco de Lisboa se esparciera la voz verdadera ó falsa de que varios moradores de la ciudad estaban convenidos con el rey de Castilla, para abrirle una de las puertas. Daba fuerza á tales sospechas el hallarse en el campo castellano Diego Lopez Pacheco y D. Dionisio, que se le habian unido á su entrada en Portugal, y las sospechas recaian naturalmente sobre los que dos años ántes habian seguido el partido contrario á dona Leonor, del que el infante y el anciano privado de D. Alfonso IV, eran cabezas. As la popularidad de los parciales de D. Dionisio habia disminuido considerablemente, porque el pueblo, en vez de atribuir á su rui. na las causas remotas, las pasiones insensatas de doña Leonor y la imprudencia del rey, ahora sólo veia en las sugestiones de Diego Lopez y del infante, el origen de todos los males presentes, y el ódio que contra los dos habia concebido se extendia á todos los que creia serle aficionados.

Por tanto, apénas se divulgó la noticia de

la intentada traicion, el pueblo furioso corrió á las moradas de aquellos que, como he dicho, le eran más sospechosos. Siguióse una fiesta de caníbales, fiesta de populacho, en cualquier tiempo y lugar que reine. Aquellos que no pudieron probar de un modo innegable su inocencia fueron sometidos á los más crueles tormentos, en los que ninguno se confesó culpado. Un desgraciado, contra el cual eran más vehementes las sospechas, fué arrastrado por las calles y despedazado luégo: «otro, dice el cronista (1), pusiéronle en el fondo de un ingenio que estaba armado delante de la puerta de la catedral, y cuando se disparó fué lanzado encima de la iglesia entre las dos torres de las campanas . que allí hay, y cuando cayó le hallaron vivo. y cogiéronle otra vez y pusiéronle en el fondo del ingenio, y lanzóle contra el mar como ellos querian, y así acabó su vida.»

Por esto era por lo que doña Leonor mirára al ingenio y se riera. El mismo pueblo habia pagado una parte de las arras de su casamiento.

La noche llegó entre tanto. La comitiva

paró en la plaza de San Martin, y á la luz de muchas antorchas, parte de aquella multitud deslizóse poco á poco por diversas calles, mientras otra parte subia à la sala principal ó se esparcia por los aposentos del palacio, cuyo silencio de casi dos años despues de la fuga del rey con doña Leonor, era la primera vez interrumpido por el ruido de una corte numerosa, mas bien diferente de la antigua. La reina habia casi exclusivamente llamado á ella á sus parientes, ó á aquéllos nobles que le habian dado pruebas inequivocas de sincero afecto, sustituyendo á la severidad antigua de palacio, todo el brillo de un lujo insensato, y lo que era peor, la disolucion de las costumbres, que casi siempre acompaña á ese lujo. Despues de una cena espléndida, como debia ser en esta córte voluptuosa, sólo quedaron en la cámara real D. Fernando y su mujer, el conde de Barcellos, D. Juan, D. Gonzalo Tellez, hermano de doña Leonor, y un doncel de la reina, hijo bastardo de otro bastardo del Prior del Hospital, Alvaro Gonzalvez Pereira, doncel á quien queria más que á ninguno. Estos personajes hallábanse reunidos en et mismo aposento en que dos años ántes reveló Fr. Roy al entônces amante D. Fernando los intentos de sus enemigos. De este apo-

⁽¹⁾ Fernao Lopes, Chronica de D. Fernando, cap. Lxxv. (N. del A.)

sento saliera ella fugitiva y maldecida por el pueblo; pero allí era tambien adonde doña Leonor venía, despues de tantos temores, despues de tantas dificultades vencidas, de tanta sangre derramada por su causa, á descansar triunfante, segura ya en la frente la corona real. Todo estaba del mismo modo, á excepcion de los personajes que en parte eran diversos y en diversa situacion.

El rey, habitualmente alegre, sentóse triste en el sillon de respaldo, único mueble del aposento, y descansó la cabeza sobre el puño cerrado; doña Leonor, naturalmente locuaz, sentada en el estrado frente á D. Fernando, estaba tambien en silencio; en pié, un poco detras de la silla del rey, el doncel querido de doña Leonor con los ojos fijos en ella, esperaba atento las órdenes de su señora; á lo largo de la sala el Conde de Barcellos y don Gonzalo paseaban lentamente conversando en voz baja y pausada.

Mas la tristeza de cada uno de los dos personajes principales tenía bien diferentes motivos.

La imágen de su capital destruída se habia apoderado del alma del rey, como cruel remordimiento. Por las sugestiones de su tio adoptivo, consintiera que D. Enrique viniese libremente á destruir la opulenta Lisboa. Él, nieto de Alfonso IV, reusára los socorros de sus valerosos soldados, que al ondear de los pendones enemigos habian acudido de todas partes, lanza en ristre, para combatir bajo la insignia real; él, caballero, fuera instrumento de cobarde venganza; él, rey de Portugal, fuera el destructor de su pueblo; él, portugues, recibiera el nombre de débil, de un castellano, sin que se atreviese á desmentir la afrenta. Estas ideas que le habian asaltado al atravesar las ruinas de los arrabales, tomaban mayor incremento y fuerza en la soledad y el silencio. El pobre monarca, bueno, pero excesivamente blando é irresoluto, tenía sobrada razon de estar triste. La luna que comenzaba á salir daba de frente, á traves de la ventana oriental del aposento, en el rostro de D. Fernando, como dos años ántes, casi á la misma hora, le alumbrára tambien el rostro demudado de afficcion. Aquel lugar, aquella luz y aquella hora, eran para él fa-

En aquel momento pasos más rápidos y más fuertes que los de los dos hidalgos, comenzaron á sonar en la sala contigua; quien quiera que fuese paseaba tambien.

De los ojos de D. Fernando salian dos ténues reflejos; eran los rayos de la luna que se reflejaban en dos lagrimas. La reina levantándose entónces, dijo al donceb:

«Nuñálvarez Prereira, ve quién está en esa sala.»

Nuñálvarez abrió la puerta, y asomando la cabeza volvió inmediatamente, y dijo:

«El corregidor de la Cérte.»

Los dos nobles paráronse en la extremidad del aposento, calláronse, y permanecieron inmóviles.

La reina hizo seña con la mano á Nuñálvarez para que esperase; el doncel quedó á la puerta sin pestañear.

Doña Leonor acercóse entónces al rey, que embebido en su profunda meditacion, no viera ni oyera lo que se hacia ó decia. Inclinándose y apoyando el codo en el brazo de la silla del rey, descansó la cabeza sobre su hombro con la cara unida á la suya.

«¿ Qué tienes, Fernando? preguntó con esa inflexion dulcísima que sólo saben modular los labios de la esposa que ama mucho, y que tan bien imitára aquella mujer sublime de hipocresía.»

o «¡Nada!.... ¡nada!», respondió el rey echándole el brazo al rededor del cuello, y oprimiendo su cara contra aquel rostro de ángel que ocultaba un corazon de demonio.

Los dos ténues reflejos de luna, se habian

extinguido en los ojos de D. Fernando; el hálito de doña Leonor quemára las lágrimas de compasion y remordimiento.

«Me engañas á mí, 6 á tí mismo te engañas. Fernando, replicó la reina, tú eres infeliz y ya sé por qué. Aborreces ya á la pobre Leonor Tellez.»

El tono con que estas palabras fueron proferidas, era capaz de partir un corazon de mármol.

«¿ Estás loca, Leonor? esclamó el rey. ¿Aborrecerte? Sin ti este mundo seria para mí soledad, la corona martirio, la vida maldicion de Dios. Como en los primeros dias de nuestros amores, te amaré en el lecho de muerte. Gloria, riqueza, poderio, todo te lo sacrifiqué; no me pesa. Mil veces que quisieras te lo sacrificaria de nuevo.»

«¡Ah! pluguiese á Dios que tu amor fuera la mitad del que dices, la mitad del mio.»

«Discurre, inventa, dime algun modo de probarte lo que digo, y verás si mis palabras

son sinceras.»

«¡Hay uno, rey de Portugal la replicó Leonor Tellez en cuyos ojos brillaba la alegría.

Diciendo esto se apartó del rey. Su aspecto tomó súbitamente la expresion grave y severa de una reina. A una señal que hizo, Nuñálvarez levantó la cortina, y el corregidor de la Córte entró. Traia en la mano un pergamino abierto. Llegó á los piés de doña Leonor, se arrodilló, y se lo entregó.

La reina lo tomó, y se lo presentó al rey; el doncel trajo una de las luces que estaban en las esquinas del aposento, y se colocó á la izquierda del sillon de D. Fernando.

«La prueba de lo que dijisteis, rey de Portugal, está en que estampeis al fin de ese pergamino vuestro sello de puridad» (1).

Don Fernando tomó el pergamino y comenzó á leer; á cada uno de los largos renglones, que le obligaban á describir con la frente una curva, el temblor de sus manos se hacia más violento, y las contracciones de su rostro más profundas. Ántes de acabar de leer tiró el pergamino al suelo, y con voz terrible exclamó, clavando los ojos exaltados en Leonor Tellez:

«Mujer, ¿ qué me pides tú?» «Justicia y mis arras.»

Era la primera vez que el rey osaba resistir á la voluntad de Leonor Tellez. Ella áun no lo creia. Acostumbrada á ser obedecida por el pobre monarca, estas últimas palabras fueron proferidas con la insolencia de una resolucion incontrastable.

¿ Justicia? ¿ Contra quién la pides? ¿ Contra los cadáveres y moribundos? ¿ Tus arras? Tuviste en dote las más hermosas villas de mis señoríos; tuviste lo que más deseabas, las arras de sangre y ruinas. Por complacerte dejé á Lisboa entregada al furor de los enemigos; por complacerte fuí vil y débil; por complacerte, ya de los patíbulos han pendido bastantes cadáveres. ¿ Y áun no satisfecha, ántes de dormir una sola noche en mi capital asolada, quieres que firme una sentencia de muerte? ¡ Leonor! Tú eras digna de ser hija de mi implacable padre.»

Doña Leonor rechazó la mirada entre colérica y timida de D. Fernando, que daba pocas muestras de audacia, con una mirada en que se mezclaban la indignacion y el desprecio. Oyó sus palabras sin mudar de aspecto, mas apénas acabó el rey, dirigióse hácia la ventana donde daba la luna, y extendió la mano hácia el cielo:

«Hace dos años, señor rey, que en este aposento, á esta misma hora, un caballero juraba á una dama, de quien pretendia cuanto mujer puede conceder á los deseos de un

⁽¹⁾ El sello de puridad, ó de camafeo, era el que se estampaba en el mismo pergamino, y que servia ordinariamente para expedir el rey documentos de poca importancia á falla del Canciller mayor que tenia el sello grande curial ó de á caballo. Véase la disertacion 3.º de J. P. Riveiro.

(N. del A.)

hombre, que la amaria siempre, jurábalo por el ciefo, por los huesos de sus antepasados, por su fe de caballero, y el caballero mintió. Las bocas de hombres viles lanzaban contra aquella mujer, á aquella misma hora, los nombres de adúltera, de barragana, de prostituta, y pedian su muerte. El caballero sabía que tales afrentas se escriben para siempre en la frente de quien las recibe, si la sangre de quien las profirió no las lava un dia. El caballero ofreció su alma á los demonios si no se lavaba con sangre, y el caballero blasfemó y mintió. Señor rey, delante del cielo que él invocó; por los huesos de sus abuelos, por los cuales juró á la luz de la luna que le alumbraba, os he de decir : aquel caballero fué perjuro, blasfemo, desleal y cobarde, y yo su víctima. Contra él es contra quien ahora os pido justicia, rey de Portugal, justicia!n

Esta última palabra resonó lúgubremente en el aposento. El rey, que durante el discurso de doña Leonor se levantára poco á poco, fascinado por su expresion diabólica y por su mirar fulminante, cayó otra vez jadeando sobre la silla. El desgraciado cubrió la cara con ambas manos, y despues de un momento de silencio murmuró:

«Mas, ¿ cómo castigar á aquellos que tal

vez son cadáveres! La guerra y la furia popular los castigaron.»

Doña Leonor triunfó.

«No todos, prosiguió la astuta y sanguinaria pantera acometiendo el último atrincheramiento en que D. Fernando ya en vano trataba de defenderse. Mis más viles enemigos áun respiran y acaso sueñan aún con la venganza. Corregidor de la córte, leed los nombres escritos en vuestra sentencia.

El corregidor levantó el pergamino apartando los ojos é interponiendo la mano abierta entre éstos y la luz que Nuñálvarez sostenia: tosió dos veces, inclinó hácia atras la cabeza, y con el tono lleno y solemne de un curial, leyó:

«Item, Fernan Vazquez, plebeyo, sastre, jefe y diputado de los susodichos rebeldes.»

Al llegar aquí, abrió la toga por el pecho, sacó su apuntamiento particular y leyó el siguiente acotamiento.

«Vivo: muy mal herido de una flecha envenenada en el cargo de merino mayor (1), cuando los de la ciudad vencieron á los cas-

⁽¹⁾ En la Edad Media se solia dar el nombre de merino al gobernador de una ciudad ó de un territorio cualquiera. Es voz corrompida de Mayarino, del latin majorinus, mayor, superior, jefe, (N. del T.)

tellanos arrojándolos hasta más allá de la calle Nyeva.»

Leida esta observacion, el corregidor continuó leyendo sucesivamente los nombres de los reos y los acotamientos respectivos.

«Item: Estéban Martins Bexigoso, mercader, plebeyo, capitan de un cuerpo de los susodichos rebeldes. » Decia la enmienda: «Muerto de enfermedad natural.»

« Item: Bartolomé Martijs, alfarero, plebeyo, decidor de palabras de desacatamiento contra su Real señoria y de gran bellaqueria y desvergüenza.» Decia la enmienda: «Muerto de una pedrada de un ingenio de los enemigos».

«Item: Juan Lobeira, escudero, hombre de armas, ayudante del alcalde mayor que fué del castillo de esta leal ciudad, capitan de los ballesteros que fueron á Santo Domingo.» Decia el acotamiento: «Fué cautivo de los castellanos: entregados en rendicion y á buen recaudo en la prision del castillo.»

«Item: Bartolomé Chambao, plebeyo, tahonero, jefe de los ballesteros del Concejo, elegido para hacer vileza y afrenta á su Real señoría la muy excelente y muy virtuosa de grandes virtudes, reina Doña Leonor.» Decia la enmienda: «Muerto de una lanzada en la puerta de hierro.» «Item: Arias Gil, calafate, capitan de los rebeldes bateleros, patrones y pescaderes de Alfama.» Decia el acotamiento: «Huido con los castellanos.»

«Item: Fr. Roy Zambrana, hipócrita, traidor, juglar de su oficio, divulgador de palabras y dichos vedados y espía de los rebeldes.» Notaba en la enmienda: «Enloqueció en la prision al leerle la sentencia.»

¡Pobre Fr. Roy! Viéndose condenado á muerte, desesperado reveló lo que habia sido en la revuelta; un espía de Leonor Tellez. El acotamiento de la enmienda fué todo lo que logró de sus revelaciones: el corregidor, hombre agudo, como el mejor maestre en leyes, dedució de sus palabras que el fraile estaba loco. Fr. Roy trocaba las ideas, habia sido espía, pero de los revoltosos.

Levantado el cerco de Lisboa, el corregidor fué el primer presente que la nueva reina envió á la ciudad. A aquel perspicaz y diligente magistrado, habian bastado pocos dias para preparar una fiesta digna de él; una sentencia de muerte. La prueba de su perspicacia y diligencia estaba en tener ya en camino de la horca á los desgraciados cuya sentencia venía á traer á la firma real. En una ejecucion nocturna no habia que temer tumultos populares, y la brevedad que la

reina le recomendára en este negocio le hacia creer que no sería desagradable á su Real señoría la inmediata ejecucion de los reos.

Cuando acabó la lectura, el rey sacó de la bolsa que traia al cinto el sello de camafeo, y sin decir palabra lo entregó al corregidor. Este tomó la luz de manos de Nuñálvarez, dejó caer alguna gotas de cera en el pergamino, puso encima un pedazo de papel que arrancó de la enmienda y grabó en éste el sello. Las armas del rey quedaron allí estampadas. El corregidor hizo el resto con la prontitud y soltura con que el más hábil verdugo ahorcaria á su projimo.

Despues, el honrado magistrado entregó el sello al rey, cuyo temblor nervioso se renovára durante la fatal ceremonia. Al cogerle, el pobre monarca dejóle caer al suelo. El sello fué rodando y se detuvo á los piés de doña Leonor Tellez, la cual palideció. ¿ Por qué? Tal vez se le figuró una cabeza humana que rodaba ante ella.

El corregidor hizo una profunda cortesía y preguntó en voz baja á la reina:

«¿Cuándo, señora?»

En el mismo tono Doña Leonor respondió.

(Yá.)

El diestro y activo corregidor habia dado

en el hito. El $y\dot{a}$ de la reina sería más pronto de lo que ella misma pensaba.

El corregidor salió.

A una señal de doña Leonor, el doncel puso la luz en el anillo de hierro clavado en la pared, de donde la habia tomado, y dirigióse hácia la puerta. Allí se quedó con los brazos cruzados, los ojos en el suelo é inmóvil como una estatua. Desde este dia el bello doncel odió desde lo íntimo de su alma á su muy noble señora, aquella que le ciñera la espada. El generoso Nuñálvarez, conoció que debajo de aquel rostro dulce, se escondia un instinto de bestia feroz.

Los dos nobles continuaron paseando de un lado á otro, conversando en voz baja y como ajenos á la escena que allí sucedia.

El rey tomó la primera postura en que estuvo, con el codo apoyado en el brazo de la silla, y la cabeza inclinada sobre el puño: pero sus ojos, girando en las órbitas inquietos y espantados, expresaban la dolorosa lucha de aquella alma tímida, atormentada por mil opuestos afanes.

Oíase apénas, el chicheo de los dos que conversaban. Y por mucho rato aquel murmullo y el respirar alto y convulsivo de don Fernando, fueron el único ruido que interrumpia el silencio del vasto aposento,

El rey, con la mano izquierda caida sobre las rodillas, dejábase llevar por las ideas tenebroses que ofuscaban su espíritu, que á dejarlas crecer, podrian conducirle á los límites de la locura. La imágen de doña Leonor Tellez se le aparecia como un conjunto monstruoso de contorno de ángel, y mirada de demonio. Un amor infinito le arrastraba á aquella imágen: el horror le apartaba de ella. Veíala como un recuerdo de las virtudes que en la infancia se imaginaba al oir leer al bueno de su ayo, Arias Gomez, las leyendas de los mártires: mas luégo creia oirla dar infernal carcajada, pasando por cima de las ruinas de la ciudad desierta. El patíbulo y los delirios amorosos: el olor de la sangre y el ambiente de los banquetes, mezclábanse en su alma: y el pobre monarca en sus desvarios perdió la conciencia del lugar, de la hora y de la situacion en que se hallaba en aquel terrible instante.

Mas un beso ardiente dado en aquella mano que tenía extendida, y lágrimas áun más ardientes que la regaban, fueron como descarga eléctrica que le despertaron á la razon y á la realidad de la vida.

La conmocion indescriptible y misteriosa que sentia hízole bajar los ojos : la reina estaba á sus piés : era ella quien le cubria la mano de besos y la regaba de lágrimas.

Don Fernando la apartó de sí dulcemente: ella levantó el rostro celestial rociado de llanto: era en efecto la imágen de una de las mártires, que él veia en los recuerdos de su infancia. Doña Leonor levantó las manos suplicantes con muestra de profunda angustia: entónces estaba más hermosa que ellas.

«¡Ah! murmuró el rey, ¿por qué es tu corazon tan implacable, y por qué te amé yo tanto?»

«¡ Desgraciada de mí! respondió doña Leonor entre sollozos. Tu amor era como el íris del cielo; era mi paz, mi alegría, mi esperanza; mas desvanecióse y pasó; la vida de Leonor Tellez se desvanecerá y pasará como él».

«Porque sabes que ese amor no puede perecer; porque este amor es como un hado escrito allá arriba, interrumpió D. Fernando, me haces teñir las manos en sangre para satisfacer tus crueles venganzas, y porque sabes que siempre agoto el cáliz de las ignominias cuando tus manos me lo presentan, me llenas de deshonra. ¿Tendrás acaso algun dia, piedad del que hiciste tu siervo y que no puede librarse de ser tu víctima?»

«¡ Ay! cuán injusto eres, Fernando, y cuan mal me conoces, exclamo Leonor Tellez lim-

piándose las lágrimas. Tu dignidad real, tu justicia y tu nombre fué lo que yo quise salvar de tu clemencia. A los miserables que me ofendieron perdoné de todo corazon: mas tú, que eres rey y juez, no lo podias hacer. Si el nombre de tu virtuoso padre es recordado por todos con veneracion y amor, es porque tu padre fué implacable contra los criminales, y aquello que juzgas la deshonra y la ignominia, es la corona de gloria inmortal que rodea su nombre. Si mis palabras te obligaron á escoger entre la confirmacion de esa fatal sentencia y la deslealtad y la blasfemia que no caben en corazon y boca de un caballero, fué por salvarte de tí mismo. Si crees que soy culpable dime solamente: Leonor yo no te amo, y yo quedaré castigada; porque en esas palabras estará escrita mi sentencia de muerte. ¡Con tal que tú, luégo me perdones y profieras sobre la tumba de la pobre Leonor una espresion de piedad!»

Las lágrimas y los sollozos parecian no dejarla proseguir. Inclinó la cabeza sobre las rodillas del rey, apretándole la mano entre las suyas con un movimiento convulsivo.

Hermosa, querida y humillada á sus piés, ¿ cómo resistirla el pobre monarca? Uniendo su rostro á aquella frente divina, la dijo solamente: «¡Oh, Leonor, Leonor!» y sus lágrimas se mezclaron con las de ella.

Durante esta lucha entre el dolor y la hipocresía, en que, como siempre acontece, la última triufaba, el conde de Barcellos y don Gonzalo Tellez habíanse asomado á la ventana fatal que daba al rio y que dominaba tambien, gran parte del arrabal occidental de la ciudad. El espectáculo de la noche, era de

melancólica magnificencia.

La luna caminaba sobre el cielo limpio de nubes, y en torno de la tierra no suspiraba ni una sola ráfaga. La claridad de la luna se reflejaba en las aguas, mas se desvanecia iluminando la poblacion, en la cual no hallaba tras los antiguos muros, una pared blanqueada, una piedra limpia donde reflejarse, 6 un susurro de fiesta acorde con su luz de armonía. El incendio y el hierro habian pasado por allí, y Lisboa era un caos de ruinas, un cementerio sin lápidas. Apénas al lado de la catedral, ántes el arrabal más rico y poblado, amarilleaba curtido por el tiempo, el gótico monasterio de San Francisco, junto á su hermana mayor la iglesia de los Mártires. En el valle que quedaba enmedio, la luz de arriba absorbíase inútilmente por la poblacion que yacia á oscuras. La bella luna de mayo, tan lisonjera para esta

ciudad querida, asemejábase á la leona que volvicado á la cueva halla á su cachorro muerto. La pobre fiera le acaricia como si estuviese vivo, y viéndole quieto, indiferente y frio, no lo cree y va y viene muchas veces renovando sus inútiles halagos. Lisboa era un cadáver y la luna pasaba y áun le sonreia.

Mas en medio de aquel suelo irregular negro y silencioso, veíanse aquí y allí luces que se meneaban de un lado á otro, á lo que parecia sin rumbo cierto. Era que los frailes de Santo Domingo y San Francisco buscaban entre los escombros, los restos de los muertos para darles sepultura cristiana. En este piadoso trabajo, que seguian sin interrupcion hacia mucho tiempo, eran acompañados por algunos del pueblo, que para animarse cantaban una cantiga piadosa, cuyas coplas, aunque interrumpidas, venian con triste acento á herir de cuando en cuando los oidos de los dos caballeros. Las coplas decian:

De amigos y enemigos Que ahí yacen juntos Levantemos los ojos Por los difuntos. ¡ Ave María! ¡Santa María! Madre gloriosa Desde vuestra altura Volved los ojos A nuestra tristura. ¡Ave Maria! ¡Santa Maria! Al bendito Jesus Y al padre eternal Pedid que perdone A quien murió mal. ¡Ave Maria! ¡Santa Maria!

Este lejano rumor perdióse con el acento de otro bien distinto que se levantó más cerca de los caballeros. Una voz áspera decia el siguiente pregon:

«....Justicia que manda hacer el rey en Fernan Vazquez, Juan Lobeira y Fr. Roy, que mueran en la horca, siendo al primero cortadas las manos en vida.»

Los caballeros bajaron los ojos hácia el lugar de donde subia la voz: era de la plaza próxima: los tres reos y el verdugo, cercados de algunos ballesteros, acercábanse al cadalso: várias sombras negras cerraban el cortejo; de aquel grupo salió la voz del pregonero.

Aquel pregon, dado á deshora en una plaza desierta, parecia una burla. Pero el corregidor de la córte era afamado jurisconsulto, y hemos oido á algunos, que en la ejecucion de las leyes las formas son todo. Así piadosamente lo creemos.

Dososin embargo, se habian olvidado: los desgraciados morian, como aquellos que el salteador asesina en la via, muy de noche y sin un sacerdote que les consolase en su extrema agonía.

El verdugo empujó brutalmente á uno de los pacientes, hácia una especie de marco oscuro que estaba al pié del patíbulo. De allí á poco los caballeros vieron relucir dos veces un hierro: oyeron sucesivamente dos golpes dados como en hueco, siguiéndose á cada uno de ellos, un grito de terrible angustia.

El conde de Barcellos quiso reirse, mas la risa se le heló en la garganta y como Gonzalo Tellez, retrocedió involuntariamente.

El grito que resonára llegó á oidos del rey. «¿Qué gemir es ese de hombre que matan?»

«La justicia de su señoria que se ejecuta»; respondió el conde, que en aquel momento retrocedia de la ventana.

«¡Oh desgraciados! ¡Tan pronto!» dijo el rey pasándose la mano por la frente, de la que le corria sudor de afliccion y espanto. Mirando entónces á Leonor Tellez, añadió:

«Hasta la última moneda están pagadas vuestras arras, reina de Portugal. ¿Qué más pretendeis de mí?»

Y dejó inclinar la cabeza sobre el pecho. Doña Leonor no respondió. Don Gonzalo Tellez aproximóse entónces á la silla de D. Fernando é inclinó una rodilla en tierra.

El rey levantó los ojos y le preguntó:

«¿ Qué me quereis?»

«Señor, respondió el honrado y noble caballero, si vuestra señoría consintiese en este momento, en oir la súplica de uno de sus más leales vasallos...»

«Habla, dijo el Rey.»

«Juan de Lobeira acaba de recibir el premio de su traicion, prosiguió D. Gonzalo. El desleal escudero poseia cuantiosos bienes que pasan á la Corona real. Por vuestra mucha clemencia podeis hacer merced de ellos á su hijo Vasco de Lobeira; mas el pobre mozo está loco hace tiempo. Se trastornó con libros de caballerías, y tan ido está, que no habla más que de uno que está componiendo y al que pone el nombre de Amadis (1). Para un

⁽¹⁾ Es cuestion muy debatida entre los críticos quién fué el primer inventor de la fábula de Amadis de Gaula, que fué como el patron y origen de los demas libros de caballeria. Aunque generalmente se ha supuesto que la Historia del esforzado y virtuoso caballero Amadis de Gaula, fué escrita en portugués por Vasco Lobeira y traducida al castellano por García Ordoñez de Montalvo, es lo cierto que el códice portugués no existe, y que todo conduce à du ar de la autenticidad de este origen, que Her-

pobre mancebo loco, poco basta, y vuestra real señoría bien sabe que mi escasa hacienda...)

«Callaos, callaos; eso es infame y villano, exclamó el rey aumentándosele el horror que tenía pintado en el rostro. Dejad al ménos que su alma llegue ante el trono de Dios.»

"¡Apénas cincuenta maravedises! murmumuró D. Gonzalo levantándose y bajando los ojos afligido con el recuerdo de su extremada pobreza.»

A seis de Junio de la era de César de 1411 (1373), en uno de los pisos de la torre del castillo, el celador de chancillería Alvaro Pires, paseando de un lado á otro, dictaba á un mancebo vestido de toga negra, el cual tenia delante tintero, plumas y hojas grandes de pergamino, la siguiente nota:

"Item: para anotarse al fólio ciento veintiocho del libro primero de la Chancillería del rey nuestro señor: donacion de los bienes de raíz y muebles de Juan Lobeira, confiscado y muerto por traidor contra el servicio de su real señoría, al muy noble D. Gonzalo Tellez, por el mucho parentesco que con el rey tiene y por los muchos servicios que de él ha recibido y en adelante espera recibir.»

¿Y el pueblo?... ¡Oh, éste sí! Mostrábase agradecido y contento en medio de tantas infamias y crímenes.

Los plebeyos que en la mañana inmediata á aquella noche de fines de Mayo, pasaban por la plaza maldita, donde colgaban de la horca los tres cadáveres, meneaban la cabeza y siguiendo adelante decian:

"Buena y pronta fué la justicia del rey en los traidores. ¡Bravo por su señoría!»

culano no vacila en aceptar. Nuestro ilustrado amigo don Pedro Alcántara Garcia, en su erudita Historia de la literatura española, atribuye al Amadis un origen puramente castellano.